

¡Oh, sí, Madre nuestra santísima! nosotros imploramos esa gracia de vuestro corazón maternal. Demasiado bello es ese corazón para que no deseemos contemplarlo pronto, en su extraordinaria belleza! Aparezcan, pues, oh ¡María! ante nuestros ojos aquellas exteriores bellezas vuestras; aquella mirada que encanta, aquella frente que enamora, aquel semblante que arrebató; aquella belleza que consuena. Muéstrase presto, muy presto, á nuestras almas, aquella belleza espiritual, que hirió el corazón mismo de Dios; aquella belleza que no tiene semejante entre las criaturas; aquella que forma el mas bello ornamento de los Cielos! ¡Ah! si en este momento pasáramos á admiraros en el Paraíso, ¿qué alegría no viniera á inundar nuestros corazones? qué torrente de consuelo no se derramaría en nuestras almas? ¡Oh! concedednos, Madre nuestra amorosísima, una firme esperanza de ir, sinó desde luego, al ménos pronto, á participar de tanta alegría, de tanto júbilo, de tan extraordinario contento! No ignoramos que las culpas y los pecados son los únicos obstáculos que pudieran impedirnos la vista de vuestras sobrehumanas bellezas; mas, esas culpas las hemos ya detestado, y volvemos á detestarlas ahora, resueltos á no darles más cabida en nuestro corazón. Haced, pues, que nuestras promesas sean estables; y de esa suerte, seguros estamos de llegar á la meta de nuestros ardientes deseos.

DIA TREINTA.

EL RANÚNCULO,

Ó SEA:

MARÍA, MADRE Y VIRGEN.

Ecce Virgo concipiet et pariet filium.
La Virgen concebirá y parirá un hijo.
(ISAÍ. VII, 14).

Deslumbrada todavía mi mirada, y extática mi mente por aquella sobrenatural belleza, de que, en la tarde de ayer, vimos adornarse el místico Tulipán, en el misterioso jardín Mariano; mis ojos, casi involuntariamente, por decirlo así, se fijan en el misterioso Ranúnculo. Apenas lo he visto, y ya siento crecer mi asombro, mi extásis y mi estupefacción. Plantada dicha flor, y multiplicada por centenares, junto al gracioso Tulipán, empiezo á contemplarla con ansiedad; y si por un lado me atrae su vivo esplendor y la variedad de sus colores, sorpréndeme, por otra, no sé qué prodigio que me induce á creer, que aquellas graciosas florecillas pertenecen á diversas especies, á diversos géneros, á diversa familia. Al observar que la una crece solitaria sobre su tallo, que la otra permanece inclinada sobre el suelo, y que esotra se me aparece simplicísima en sus pétalos; la una se halla adornada de un prodigioso número de hojas, la otra se me muestra bajo la forma de una espiga abundantísima, la de allá, por último, se reviste á manera de una deliciosa mazorca, me siento obligado á preguntar á los alados custodios de aquella maravillosa morada, el nombre con el cual se distinguen tan graciosas florecillas. Y ellos me responden: uno solo es su nombre. Hállanse todas comprendidas en un solo género, en una sola especie, en una sola familia. Ranúnculo, tal es la comun denominación que, indistintamente, les conviene. Mas ¿y esos pétalos, añado yo, en su forma tan múltiples é irregulares, y esas hojas tan distintas en su

configuracion y en su tamaño; esos estambres cuyo número es tan vario é indeterminado?... ¡Ah! no prosigas, pues, dícame el alado custodio de rubia cabellera, interrumpiendo mi voz; no prosigas, porque ahí está precisamente el misterio portentoso de esas flores. Entónces enmudezco, y en el silencio de mi labio y en la meditacion de mi mente, principio á considerar, atónito, tales flores; y en medio de las muchísimas, que han abierto ya sus bellezas á los vivos rayos del sol, distingo una, que se halla próxima á abrir su maravilloso boton. Avido de encontrar en ellas nuevas glorias y nuevas grandezas, acércome con impaciencia, y ¡oh prodigio! ofrécese á mis miradas una preciosa perla en el remate de la misma. Perdona, pues, exclamo entónces al paciente guardian; perdona, si aún te dirijo una pregunta. ¿De qué sirve, esa perla en la extremidad del boton? No vayas á creer, hijo mio, me responde, que esa joya preciosísima haya sido colocada allí únicamente por su belleza. ¿No ves aquella agraciada florecilla, del interior de cuyo boton, ha salido la misma joya? Por allí se introduce, pues, el rocío de la alborada, el cual, una vez introducido misteriosamente, nutre y alimenta á la cerrada flor, la cual, finalmente...; y al decir eso, hé aquí que surge de aquel boton, enteramene cubierta y revestida de una pluma, la más lijera y agraciada. ¡Oh! alteza de los arcanos celestiales! oh sabiduría del supremo Agricultor!

Y ¿qué veis vosotros, pues, mis amados hermanos, en esa flor misteriosa? Dijerais, acaso, que no oís su voz? ¡Ah! eso no es posible, hermanos míos! Aquella perla es la humildad de María, la cual, apénas hubo aparecido ante las miradas del cielo, atrajo sobre ella la abundancia del rocío divino, de la gracia celestial, de la virtud del Altísimo; una vez descendida ésta en su seno, concibe, nutre y alimenta en él á su Hijo santísimo; el cual, finalmente, revestido, no ciertamente de pluma lijera, sinó de la divinidad misma con la cual resplandecía en los Cielos, salió de su immaculado y virginal útero cual verdadera flor de Jesé, cual sér distinguido por tantos méritos, hombre y Dios, eterno y mortal, glorioso y oscuro, espíritu y carne, sin alterar ni un punto de aquel seno, el candor, la virginidad y la pureza. ¡Oh! éste, sí, que fué, en verdad ¡oh cristianos! el profundo misterio, el misterio de la omnipotencia, de la sabiduría y del amor de un Dios; mas un misterio, á la vez, de alabanza, de honor, de gloria á la Virgen, al místico y misterioso Ranúnculo, á nuestra Madre santísima. ¡Oh! fijemos, pues, esta noche, fijemos nuestra atencion en tan profundo misterio; y si nos fuere dado imaginar, siquiera remotamente, el extraordinario cúmulo de gloria que de él recabó la Vir-

gen, elevaremos á la misma un cántico de admiracion, de júbilo, de contento y de asombro. A. M.

Incomprensible á la humana inteligencia fué, y será siempre, mis amados hermanos, la maravillosa generacion eterna, por medio de la cual, el Padre Eterno, contemplándose á sí mismo, sin sombra alguna de mancha, engendra á su Hijo predilecto, con tal pureza de accion, que bien puede llamarse tal generacion, candor de luz sempiterna, espejo sin mancha. En presencia de tan maravillosa grandeza, á la vista de portento tan inaudito, fuerza es, pues, que se humille el humano entendimiento, contentándose solamente con venerar, prosternado, y tributar su débil homenaje de fé y de alabanza al sumo de los séres, al más sublime de los misterios. Y en ese tributo de veneracion y de alabanza será, precisamente, como él llegará á confesar y conocer la superioridad de su Dios sobre todo lo criado; la sublimidad y la grandeza de sus atributos y de sus perfecciones; la imposibilidad de que la humana criatura pueda aspirar á las glorias de su Hacedor supremo.

Mas ¿qué he dicho, hermanos míos? ¿Acaso no podrá la humana criatura imitar las operaciones del Altísimo? ¿No podrá el hombre, pues, conseguir una gloria semejante, al ménos en parte, á aquella que ciñe la frente de su supremo Señor? Pero ¿y aquel misterioso Ranúnculo, aquella afortunada doncella de Jesé, que yo estoy mirando allí, sobre aquel altar, colmada de tanta gloria? ¿No fué Ella, por ventura, la que imitó perfectamente las obras del Altísimo? Éste engendra, *ab æterno*, á su Verbo, sin necesidad de mujer; y aquélla concibe, en el tiempo, á su Hijo sin concurso de hombre; el primero engendra contemplándose á sí mismo; la segunda concibe considerando su nada, *humilitate concepit*; es término de la generacion de Aquel, el Eterno y el Santo; y el Eterno y el Santo, hecho hombre, es el término de la generacion de Ésta: *quod nascetur ex te sanctum* (Luc. i. 31). Ahora, ved, pues, mis amados hermanos, y calculad, si podeis, la gloria que de ello redundá á María. ¿Tuvierais, acaso la presuncion de conseguirlo? ¡Ah! la Virgen misma es la que os declara la imposibilidad de hacerlo, al exclamar, que son grandes las cosas obradas á su favor por el Omnipotente: *fecit mihi magna, qui potens est*; y que ellas requirieron todo el poder de su brazo: *fecit potentiam in brachio suo*.

Y ¿qué cosa, en efecto, qué cosa quisierais, pues, considerar vosotros en la Virgen? ¿El hecho de ser Madre de un Dios? ¿El hecho de ser Virgen fecunda? En cualquiera de esos dos hechos que fijéis

vuestra consideracion, os sucederá, que convirtiéndoos en excudriñadores de la majestad, os sentireis oprimidos del peso de su gloria. Y ¿qué implica, pues, hermanos míos, qué implica para María, el ser Madre de un Dios? Implica una elevacion, estoy por decir, infinita, efecto de una maravillosa sobreabundancia de gracia; implica una dignidad, en su género, más que humana; implica una suprema union, por medio de la cual, se une lo criado con lo eterno, y lo infinito con lo inmenso; dignidad, por medio de la cual, Dios viene casi á identificarse con la criatura, y la criatura con Dios; elevacion, finalmente, por la cual la criatura llega á encontrarse con Dios, en una cierta identidad de naturaleza: *Habitat*, así dice san Pedro Damian, *Deus in Virgine, cum qua unius nature habet identitatem* (SER. I. de NAT. v).

Y ¿qué estado, oh cristianos, puede existir ni imaginarse superior? ¿Puede, acaso, el Altísimo Dios, conceder dignidad mayor á una criatura mortal?

Si dirigiendo más allá vuestras miradas, quisierais considerar de qué manera en María, la divina maternidad se unió con el estado de la más perfecta pureza, y de qué manera, en Ella, en nada se alteró la virginidad de su seno con la concepcion de su prole, decidme: ¿no os parece que os sentiriais oprimidos del peso de la majestad, de la grandeza y de la gloria?

Atended! estaba decretado en los eternos consejos de Dios, que una mujer sería elegida por Madre del Verbo eterno; que Este, haciéndose carne en el seno de aquélla, tomaría de sus entrañas la humana naturaleza; y que, finalmente, esa mujer misma, émula del Padre eterno, debía ser verdadera Madre de Aquel que tiene por Padre al Eterno. Empero, todo eso, hermanos míos, no fué suficiente todavía para el Altísimo. Quiso Él, que esa Madre, no solo compartiera la gloria del Padre eterno en el hecho de tener por término de su generacion al Verbo divino; sino que quiso, además, que se asemejase, igualmente, á Él, en el modo de engendrarlo. De ahí, que así como el Eterno engendra sin necesidad de Madre, sin perder nada de su eterno candor; así Ésta debía concebir, sin necesidad de Padre, sin menoscabo alguno de su virginal pureza. ¡Oh abismo de gloria! ¡Oh grandeza sin limites! ¡Oh dignidad sin semejante en la tierra! Si es una verdad, que el sér más glorioso entre los séres es aquel que participa más de cerca de las perfecciones de su divino Hacedor; si es ya incomensurable la gloria de aquel, que, no solamente se aproxima, sino que se une inmediatamente con su Dios; ¿qué diremos, pues, de Aquella, que tiene al Verbo por término de sus actos, y al

Generador por modelo, digámoslo así, de sus divinas operaciones? ¡Oh! veneremos, pues, mis amados hermanos; veneremos, sí, poseídos del más alto estupor, la gloria de nuestra Madre santísima!

Pues, ¿qué! ¿acaso existe sér alguno en la tierra, que pudiera gloriarse de semejante grandeza? Que se presenten, pues, esos héroes, que pregonen sus glorias, que hagan gala de su sublime dignidad. Esos tales ¿son vírgenes? Que muestren, pues, el fruto de su seno. ¿Son madres fecundas? que muestren la azucena de su pureza. No pido ya de ellos un hijo que sea Dios; pido tan sólo una Azucena, que viva unida á la Rosa; pido una flor, que no se halle despojada de su fruto; pido un misterioso Ranúnculo, un seno immaculado y fecundo. Mas, si no hay quien tal posea ¡ah! confiesen, pues, todos ellos, que no hay gloria igual á la de la santísima Virgen! *Nec primam similem visa est, nec habere sequentem*. Ensalce, pues, quien pueda, la nobleza de su prosapia, el cúmulo de sus riquezas, y la multitud de sus honores; gloriense unos de su preclaro talento, de su profundo saber y de la agudeza de su ingenio; pregonen otros la eminencia de su virtud, la elevacion de su santidad y la excelencia de sus perfecciones; gloriense y distinganse, quien por su profunda humildad, quien por su inaudito candor; estos por su fé sincera, aquellos por su ardiente caridad; cuales por su singular devocion y cuales, finalmente, por la ternura de sus afectos; sí, gloriense y distinganse, en buena hora, por todas esas cualidades; mas, á pesar de todo, la gran Mujer que nosotros celebramos, sabrá superarles infinitamente á todos ellos, sólo con ser Virgen fecunda y Madre purísima! De modo, que así como el Generador eterno, admirable en la generacion de su Verbo, no fuera tal, si le faltara una sola de sus divinas perfecciones; así tambien, María, admirable en la fecundidad de su seno, no hubiera sido predestinada para tan suprema dignidad, si hubiera carecido de una sola de las perfecciones que se hallan esparcidas en las criaturas del universo entero. De ahí, que se reunan en ella la nobleza de la prosapia, el cúmulo de las riquezas, y la abundancia de los honores; mas no cualesquiera honores, sinó honores verdaderos, riquezas divinas, y una nobleza que tiene su origen en el Cielo; y eso nos demuestran á porfía el Boton dorado, el Laurel y el Cedro. De ahí, en Ella, la elevacion del talento, la profundidad del saber y la perspicacia de inteligencia; mas una inteligencia, una sabiduría y un talento, iluminados por una luz celestial, infundidos por la ciencia misma de Dios. Y el blanco Jazmin es el que nos anuncia la posesion de tanta sabiduría. De ahí, en Ella, la eminencia de la virtud, la sublimidad de la santidad, y la excelencia de las perfecciones; mas todo

eso, en tal grado, que sólo Dios puede meditar en su extensión, en su profundidad y en su plenitud: *ipse vidit et mensus est.* (ECCLI. I. 9.)

Y ¿cuáles son las flores, mis amados hermanos, que como tal nos la presentan? Un tejido de Violetas forma su vestido; una aglomeración de Azucenas compone su manto; deliciosos Jazmines se enlazan con su cetro, y cubren su trono Rosas escogidas; y su corona es un ramo de flores el más sorprendente y sublime: y esa corona, ese trono, ese cetro, ese manto y ese vestido, son tales, que no tienen semejante después de los de su Dios: *Nec primam similem visa est, nec habere sequentem.* (S. BERNARD. *Serm. de Ass.*)

Y ¿cómo no fuera así, mis amados hermanos? Si la Virgen no debía ascender á tan alto grado de gloria; ¿por qué motivo el Altísimo la habría representado tantos siglos ántes y de tantas maneras? ¿Por qué causa nos hubiera Él hablado de tantos modos de una afortunada doncella? ¿Acaso no hubiera sido suficiente el haberla anunciado por la boca de los profetas? Empero, en lugar de ello, el Altísimo no cesa de hablar de Ella, desde la creación, hasta su venida: y quiso figurarla en aquel Sol, que nada pierde derramando sus rayos; en aquella Luz, que nunca se oscurece esparciendo sus resplandores; en aquella Tierra virgen, que alimenta á sus escogidas florecillas. De Ella nos habló en el Paraíso, cuando quiso plantar en su centro el árbol de la vida; cuando hizo brotar de su seno cuatro ríos para regar la tierra; cuando, finalmente, quiso que fueran cerradas sus entradas y custodiado por la ígnea espada de un abrasado Serafín. De Ella nos habló en aquel zarzal, que siendo presa enteramente de las llamas, no era, sin embargo, consumido por ellas; en aquel vellocino bañado de celestial rocío, mientras que la tierra aparecía árida, y luego immune de las cenagosas aguas que inficionaban el terreno circunstante; en aquel mar, que abriéndose al paso del pueblo santo de Dios, volvía á juntar sus aguas, sin dejar sombra de haberse ántes dividido. De Ella nos habló en aquella puerta oriental, que niega á todos el paso, y sólo lo concede al Hijo del Altísimo; en aquella candidísima nube, que se halla enteramente impregnada del rocío celestial; en aquella Arca, que contiene el libro de la ley santa de Dios. Y aquella vara que brota de la tierra cultivada, y aquel Vaso de oro, que encierra el maná, y aquel manantial que sale de la dura peña; ¿no fueron, acaso, otras tantas voces que nos hablaron de María? Y, ¿por ventura no la reconocéis aún, en aquella nube de fuego que precede á Israel, en aquella cristalina fuente cerrada y sellada, en aquella preciosa concha, que, alimentada por el Cielo, produce la admira-

ble joya? ¿No es en esos símbolos donde María nos aparece Esposa escogida, Madre inmaculada, y Virgen fecundísima?

¡Ah! enmudezcan, de una vez, esos monstruos, que vomitaron, y están vomitando todavía, contra María, tantas blasfemias y sarcasmos. Enmudezcan y confiesen la gloria, la excelencia y el esplendor de nuestra Madre! Ella es el objeto de las complacencias de Dios, la escogida desde los siglos eternos; Ella, la anunciada, la prometida, la esperada en todos los tiempos; Ella, la figurada en todas las obras de Dios; y figurada, porque está colmada de virtud; y llena de virtud, porque está destinada para ser Madre del Verbo; y destinada para Madre del Verbo, porque es Virgen incorrupta. Tal enlace, ó encadenamiento, la hará siempre única, singular, gloriosísima: *Nec primam visa est, nec habere sequentem.*

¡Oh! meditemos, pues, detenidamente sobre el asunto, mis amados hermanos, y penetrados de la más profunda admiración y del asombro más extraordinario, á la vista de ese misterioso Ranúnculo, recordemos, que también nosotros podemos reproducir, en cierto modo, en nosotros mismos, las grandezas de la Virgen. María, hermanos míos, por medio de la virginidad, halló las complacencias del Altísimo: *virginitate placuit*; y por medio de la humildad, se hizo digna de concebir en su útero: *humilitate concepit*; y por medio de esa virginidad singular, y de esa humildad profundísima, llegó á ser Madre del Verbo, generatriz del Salvador. Y nosotros, sí, nosotros, igualmente, según el testimonio de Jesucristo, podemos llegar á ser madre del mismo Redentor, cumpliendo en todo la voluntad de nuestro Padre celestial. *Qui fecerit voluntatem Dei, hic meus frater, soror et mater est.* (MARC. III, 35.)

Empero ¿de qué manera, hermanos míos, debemos cumplir esa voluntad del Altísimo? Por medio de la humildad de nuestro corazón, y de la pureza de nuestro espíritu. Bien lo sabéis; la voluntad del Altísimo es la santificación de nuestras almas: *haec est voluntas Dei sanctificatio vestra*; mas esa santificación, ¿no es, acaso, el fundamento de la cristiana humildad? ¿Por ventura no se reasume ésta, según os indiqué en otro de mis discursos, en la pureza de nuestras acciones? ¡Ah! seamos, pues, humildes, seamos castos, y, á semejanza de María, aún nosotros, seremos madre de nuestro Redentor divino. En la apreciación que hagamos de nosotros mismos, reconozcamos y confesemos nuestra nada; en toda acción de nuestro cuerpo, en los pensamientos de nuestra alma, y en los afectos de nuestro corazón, procuremos ser castos, vivir siempre alejados de toda pasión de inmundo deseo, siempre en lucha con la concupiscen-

cia, y con la carne; y entónces, siendo puros, con aquella pureza que se adapta con nuestro estado; humildes, con aquella humildad que conviene á nuestro carácter de cristianos, seguros de cumplir la voluntad del Altísimo, ofreceremos á María el verdadero tributo de alabanza, de admiracion y de homenaje.

Y Vos ¡oh Madre intacta, Virgen fecundísima! que nos habeis enseñado el ejercicio de tan sublimes virtudes con vuestros ejemplos; ¡ah! grabadlos en nuestro corazon, á fin de que ellos nos conduzcan, en algun modo, á aquella sobrehumana grandeza, á la cual Vos fuisteis encumbrada por el Altísimo. ¿No fué la pureza la que hizo de Vos el objeto de las complacencias de Dios? La pureza sea tambien, la que nos haga á nosotros agradables á nuestro Padre celestial. ¿No concebiste por medio de la humildad al Hijo del Altísimo? Haced, pues, que por tal medio, podamos nosotros concebirle, igualmente, en el interior de nuestro corazon. Dificiles son, por cierto, tales virtudes en la tierra, hoy, especialmente, que la dominan la carne, la ambicion y la soberbia; mas ¿qué no hemos de poder nosotros, protegidos por vuestro brazo, cubiertos con vuestro manto, y custodiados siempre por vuestro amor? ¡Oh Madre purísima! ¡Oh Virgen fecunda! la grandeza de vuestro privilegio sea para nosotros motivo cada vez de mayor y más fundada esperanza. Siendo Vos Madre de vuestro Dios, que lo es tambien nuestro, todo lo podeis cerca de Aquel, que fué atraído por vuestra virginidad. ¡Ah! mostrad tal poder á favor nuestro y en nuestro auxilio. Hacednos humildes por medio del conocimiento de nuestra nada, y hacednos castos en las acciones de nuestra vida; así, y siendo émulos de vuestra gloria, podremos gloriarnos con Vos misma, de ser madre de Aquel, que reconocemos por Padre, por Maestro y por Salvador acá en la tierra, y por Glorificador en los cielos.

DIA TREINTA Y UNO.

LA CORONA IMPERIAL,

Ó SEA:

EL PODER DE MARÍA.

Pete, mater mea: neque enim fas est ut avertam faciem tuam.

Pide, Madre mia, que no es razon que yo te disguste.

(III. REQ. II, 20).

Nuestra Madre santísima es, pues, aquel místico y delicioso jardin, en el cual germinaron todas las flores de las más excelsas y sublimes virtudes. Y nosotros, hijos afectuosos de tan tierna Madre, hemos recorrido aquella maravillosa morada, impulsados por el deseo de contemplarla en sus principales partes, y de recoger, de vez en cuando, algunos selectos gérmenes para plantarlos en nuestros miserables corazones, y para admirar, cuando no fuera otra cosa, el sitio donde está escrito con caracteres de fuego: *aquí, todo es intangible; venerad y enmudeced.* Y puesto que ahora vamos á salir ya de la escogida mansion, demos una última mirada al conjunto de sus sobrehumanas bellezas; y manifestando de nuevo nuestra sorpresa por sus fúlgidas Rosas, sus candidas Azucenas, y su selecto Junquillo; publicando de nuevo nuestra admiracion por su humilde Albahaca, su afortunado Acebo y su inocente Primavera; y expresando otra vez nuestro encanto, finalmente, por su mística Verónica, su delicioso Jazmin, y su espiritual Geranio; que nuestros deslumbrados ojos no se sacien todavía de contemplar, en el interior del bosque, aquella Madreselva, que allí ufana se levanta; aquella Viudita, que allí modesta se oculta; y aquella Violeta, que allí se humilla, y que la imaginacion parece no poder olvidar. Y allí, en las vertientes del monte, vuélvase á recrear nuestra mirada en aquel Clavel, cuya